

para mí, comienza desde que los israelitas en Egipto sacuden la dominación de los antiguos Faraones hasta que los revolucionarios en Francia derriban la Babel de los antiguos privilegios, la vieja Monarquía tradicional. Vano empeño el empeño de tanto reaccionario, como quiere hacer de la crisis, que resumió todos los antiguos tiempos y generó todos los tiempos modernos, erupción verdaderamente singular de volcán verdaderamente aislado. Nuestra tierra vegetal, denominada *humus*, por ser humana verdaderamente habitación del hombre y hasta su hechura, no se hubiera producido sin los periodos volcánicos y la gigantesca enorme vegetación carbonífera, como nuestra sociedad, tan regular y ordenada, no se hubiera producido sin el movimiento revolucionario. Así, no sin analogías forzadas, los paralelos naturales entre la época de Abelardo y la época de Condorcet, entre la figura de Arnaldo y la figura de Vergniaud. Condorcet piensa como hubiera pensado Abelardo de vivir en la décima-octava centuria; Vergniaud procede y habla como hubiera procedido y hablado Arnaldo de surgir en la Revolución francesa y viceversa. Los absolutistas y reaccionarios que tanto abundan, intentan hacer de la Revolución francesa una obra del diablo fecunda sólo en males y con la cual nada tienen que ver Dios y su Providencia. Pues la Revolución francesa es una consecuencia lógica del Cristianismo como fuera el derecho romano una consecuencia lógica de la Filosofía.



CAPÍTULO DÉCIMO-SÉPTIMO

Los Himnos de la libertad

A guerra entre la Francia revolucionaria y la Europa monárquica es un jalón miliario en las vías sacras del planeta, por donde ha pasado el progreso universal, buscando el cumplimiento de sus ideales. Emparéjase por su importancia intrínseca en toda la Historia, y por su trascendencia inevitable á todos los pueblos, con las guerras entre asirios y caldeos, con las guerras entre israelitas é idólatras, con las guerras entre griegos y troyanos, con las guerras entre griegos y orientales, con las guerras entre romanos y cartagineses, con las guerras entre romanos y asiáticos, con las guerras entre bárbaros y latinos, con las guerras entre Pontífices y Emperadores, con las guerras entre caballeros feudales y reyes absolutos, con las guerras de religión, quienes aparecen como generadores de dos guerras madres, la que hizo nuestra complicada Europa moderna, la guerra de los treinta años, y la que hizo nuestra libre América moderna, la guerra entre la Gran Bretaña y sus colonias en el Nuevo Continente. Los reaccionarios muestran á una grandísimo empeño en hacer de la revolución francesa un movimiento aparte, sin previa generación, como súbita demencia que hubiera sobrecogido y atormentado á un solo pueblo, excepcional y singularísimo, en los anales de la Humanidad. Yo creo todo lo contrario, yo creo el Cristianismo tan unido á la Revolución y la Revolución al Cristianismo tan unida, como puedan estarlo el Evangelio á la Biblia y la Biblia también al Evangelio. Para mí la libertad y la igualdad han sido religión en el Cristianismo; afecto estético en las artes del Renacimiento y en sus

humanidades; ciencia y razón en la Filosofía; derecho en la Revolución. Cuantos pugnan por separar las instituciones democráticas de la revelación religiosa, parécense á los que pugnan por separar el helenismo y el latinismo antiguos de la Iglesia, cuando sin Alejandría no se hubiera explicado el dogma de la Trinidad en los senos de Nicea, y sin el latinismo no se hubieran podido componer los cánones, ni se hubiera encontrado fundamento para el nuevo derecho eclesiástico. Dante comprendía la religión cristiana mejor que los zelotas neo-católicos al poner entre los profetas generadores del Evangelio á Virgilio. Así como la Iglesia es hija de Jerusalén y de Alejandría y de Atenas y de Roma, es madre de la moderna ciencia y madre de la revolución francesa. Pasó con la idea católica exactamente lo mismo que pasó con la idea pagana. Tardó mucho, muchísimo tiempo, en llegar al derecho desde los símbolos de la Mitología y desde los tratados de la ciencia. Por este motivo y razón la Iglesia se asustó de sus filósofos tanto como se asustara la Mitología de su Sócrates. Los treinta tiranos propinaron á este perturbador la cicuta; los inquisidores arrojaron al fuego los filósofos. Pero la filosofía griega continuó siendo una consecuencia tan legítima de los antiguos símbolos mitológicos, cual fuera la filosofía moderna una consecuencia de los dogmas cristianos. Y en cosa ninguna se conoce tal solidaridad entre las manifestaciones del público como en los senos del arte. Los himnos de la libertad aparecen aislados en el tiempo particular y en la sociedad respectiva que los produjeron, y sin embargo se juntan en los senos infinitos de la Historia. Leed la revolución francesa con cuidado, y veréis qué maravillosos efectos produce la Marsellesa. En el primero de los cañoneos abiertos por los ejércitos del derecho moderno contra los ejércitos del viejo absolutismo, estos últimos sintieron pánico y tomaron á la desbandada su terrible fuga, no sólo barridos por los disparos de aquella tan formidable artillería, ahuyentados también por las notas del Himno revolucionario, de la Marsellesa, cantada en coro por los soldados. Así como el inspirado libro de los Jueces bíblicos, el Evangelio de Cristo, las Repúblicas de Grecia y Roma, los obispos defensores de las ciudades y los municipios que organizan la democracia, el movimiento filosófico comenzando con Abelardo y concluyendo con Hegel, me parecen una sola línea compuesta de puntos luminosos; el cántico de los israelitas al salir de su cautiverio, las odas de Simónides y las tragedias de Esquilo al cantar la victoria de los republicanos griegos sobre las monarquías asiáticas, el *Magnificat* de la Virgen María, el rezo y el cantar de San Francisco en Asís, que son odas místicas, las estrofas inspiradísimas del coral de Lutero me parecen un solo himno, el himno de la libertad universal.

¿No habéis visto el enlace de un elemento, que se cree tan exclusivo de Francia, como el terror revolucionario, con el terror, precedente y compañero y consecuencia de todas las transformaciones sociales, las religiosas, las políticas, las económicas? Los Imperios europeos cuentan veinte siglos, desde que se hallaban encerrados en su protoplasma, el

Imperio de Augusto, y el terror precedió á su establecimiento como el establecimiento de la República francesa; los Reyes absolutos y sus monarquías datan de la centuria décima-sexta, esas monarquías, enemigas del feudalismo medioeval y fundadoras del Estado uno, pues trescientos años de terror las precedieron, y ese terror se llama Pedro el Cruel, Carlos el Malo, Pedro del Puñalet, Pedro de Portugal, Luis XI, tan terribles y sanguinarios como el mismo demente alucinado á quien maldecimos bajo el nombre de Marat; la constitución del Pontificado con sus guerras por las investiduras, con sus cruzadas, con sus combates á los albigenes católicos, más cara nos ha costado que la victoria del humano derecho; la Reforma cerró la Edad Media y despertó la conciencia de los tiempos modernos, pero á costa de combates tan asoladores como las guerras religiosas; la guerra de treinta años, las matanzas como aquellos holocaustos que manchan la noche de San Bartolomé; y desde la expulsión de los judíos hasta la expulsión de los puritanos, se dilata un terror que ya fundado en la razón religiosa, ó ya en la Razón de Estado, nubla y oscurece con vapores de sangre la conciencia humana. Pues indudablemente la solidaridad, que reina en lo malo, reina en lo bueno también. Los afectos deprimentes, sugeridos por el terror, se cambian en afectos expansivos cuando uno escucha el himno por la libertad universal desde las primeras á las últimas páginas de los humanos anales. Estará ciego quien desconozca la relación existente por fuerza entre hombres como Arnaldo de Brescia y San Francisco de Asís y San Antonio de Padua y el maestro Gerson y el dominico Savonarola con Calvino y Knox y Descartes y Cromwell y Franklin y Turgot y Condorcet y Wassingthon y Mirabeau; ciego también estará quien desconozca la relación entre los himnos que cantan la destrucción de los Faraones y la salida triunfante del pueblo de Israel de Egipto y los que cantan la destrucción de los Estuardos y la salida del pueblo puritano de Inglaterra; entre la llegada de los israelitas al territorio prometido en que fundan primero la República, luego erigen un templo á su Dios, y la llegada de los peregrinos al libre suelo americano en que levantan primero un templo al Dios de su conciencia y luego la República, quien, continuando las dos Repúblicas de Holanda y Helvecia, será germen precioso de la libertad universal. Esos salmos mismos, que dicen y entonan los profetas cuando anatematizan á Nabucodonosor, ó trazan las orgías de Sardanápalo y las cenas de Baltasar consumidas por el fuego celeste, esos salmos mismos que levantan el ánimo de los cautivos á la orilla del Eufrates bajo los sauces de Babilonia, se renovaron en los anatemas que lanzan las cabezas redondas de Londres y Edimburgo sobre los tronos de María Estuardo de Escocia y Carlos I de Inglaterra. Por consecuencia ¿quién desconocerá la consubstancialidad del cántico de Moisés y del *Magnificat* de María y del hexámetro de Simónides y Eurípides y del himno al amor de San Francisco y del coral de Lutero y de los rezos puritanos con la Marsellesa misma, componiendo entre todos la mayor epopeya que han visto los siglos? Lo conozco; al ver correlacionadas y conexas cosas tan

disparos, crearán muchos tales aproximaciones unos verdaderos disparates. Mas la idea se mueve de suyo en el espíritu como se mueve de suyo el alma luz en los espacios; al moverse la idea, toma varios aspectos, los cuales, apareciendo contradictorios á la simple vista, son en realidad idénticos, y entre sí concluyen por armonizarse como con la luna se armoniza la tierra, y luna y tierra con el sol. Yo no advierto diferencia entre los Reyes absolutos condenados así por la filosofía como por la revolución y los Faraones y los Nabucodonosores y los Baltasares condenados por la Biblia. Yo creo una revolución política tan real como la revolución de los helvecios contra los Austrias el éxodo de Moisés que huye á los Faraones. Quien, á nombre de Dios, derriba el templo idólatra y aplasta bajo sus moles á todos los filisteos; quien celebra en lengua de ángeles el castigo á Nabucodonosor, hecho por sus tiranías una bestia; quien sumerge á los Faraones en el Mar Rojo, y los trata como los revolucionarios trataran á los Reyes franceses, entonando un himno inmortal por su derrota y por su muerte; quien describe las Monarquías como las describe Samuel cuando pugna por atar y retener los hijos de Judá en una República verdadera; bien hubiese podido figurar el siglo último junto al gnóstico Abate Fauchet, junto al predicador de las grandes conciliaciones Abate Lemourette, junto á todos los que reproducían en sus libros las escenas republicanas de la santísima Biblia y el tremendo castigo de los Reyes absolutos.

No se puede saber cuánto los himnos á la libertad nos entusiasman, sino sintiéndolos y oyéndolos, después que la tiranía los ha suprimido de todos los labios, largo tiempo. Quien traza estas líneas tiene tanta edad, que ha pasado por periodos, durante los cuales el tarrear nuestro maravilloso Himno de Riego, costaba una deportación, si no un fusilamiento. Desde que un prematuro conato en Madrid de fundar la República se frustró el año cuarenta y ocho de nuestro siglo, mascóse aquí, cual decimos en viejo castellano, la reacción, análoga con esas neblinas, en el cielo azul nuestro proyectadas las cuales parecen evaporaciones de lágrimas ó bayetas de catafalco. No podía cantarse, pues, por aquel tiempo, nuestro himno á la libertad. Mas, como no hay mal que dure cien años, tras la triste y abusiva reacción del cuarenta y ocho vino la revolución del cincuenta y cuatro, y con la revolución del cincuenta y cuatro volvió á difundirse por los aires nuestro amado himno liberal. Yo no lo había oído en once años. Recordábalo como un sueño de mi niñez por haberlo con arrobamiento escuchado en la Regencia del general Espartero, como debía oírlo un republicano de convicción, según demuestra toda mi vida, y un demócrata de abolengo, según llamábamos en nuestras mocedades al atavismo. Sobrecogiome la revolución del cincuenta y cuatro en Zamora, vieja ciudad castellana, donde parecen arqueológicas las ideas y arqueológicos los sentimientos. Dormía yo en una noche de Julio, cuando suena el himno de Riego, tocado por una música ó banda de aquella ciudad á las doce poco más ó menos. Sus ecos me despiertan de súbito, y no puedo decir con palabras lo

que sintió el corazón en afectos. Creía encontrarme desde tal momento en otro mundo. Mi alma tomaba un vuelo, imposible antes dentro de la jaula donde me encerraba la reacción. Una misteriosa electricidad sacudía mis nervios, como la que sacudió los nervios de cuantos héroes de la libertad ó de la religión han muerto por su fe viva ó por su amada patria. Tal música me traía en sus ecos á la memoria el espectáculo de nuestros holocaustos cruentísimos y el nombre de nuestros seres amados. Mis jóvenes músculos se aceraban; mis ojos parecían cobrar una segunda vista; estallaba mi cabeza como no cabiendo en la esfera del cerebro todos los ideales que han iluminado el progreso apareciéndose al pensamiento; latíanme el corazón y las sienes, pasando por mí aquello que pasara por los israelitas cuando escuchaban el cántico de Moisés; por los atenienses, cuando escuchaban las escenas de los Persas; por los ebionitas del desierto cuando les anunciaba el Mesianismo cercano la voz inspirada de María; por los cristianos cuando subían de las catacumbas hacia los circos, de los circos hacia las hogueras, de las hogueras hacia los cielos; por los puritanos cuando unían el coral de Lutero con los salmos de David; por los peregrinos cuando entonaban sus profecías en cánticos religiosos para verlas luego cumplidas en el tiempo y en el espacio; por los revolucionarios cuando cantaban la Marsellesa, y con los ecos de la Marsellesa esparcían la corona de los reyes por el suelo y alentaban el corazón de los pueblos al combate gigantesco en favor de la libertad y de la justicia. Desde las salmodias bíblicas á los himnos griegos, desde los himnos griegos á los evangelios cristianos, desde los evangelios cristianos al *Te Deum* de las ciudades italianas, desde el *Te Deum* de las ciudades italianas al coral de Lutero, desde el coral de Lutero á los salmos de los puritanos, desde los salmos de los puritanos á la canturia de los peregrinos, desde la canturia de los peregrinos á la Marsellesa de los revolucionarios, hay trazada una línea como la que forma el pueblo de Israel con sus tribus republicanas, el pueblo griego con sus ciudades libres, el pueblo romano en tiempo de la Tribuna y del Foro, los municipios animados por el individualismo germano, las ciudades mercantiles de Italia y las ciudades anseáticas de Alemania, el Renacimiento, la Reforma, el hallazgo de América, la Ciencia de observación, la Filosofía racional, por último, la Revolución. Y para comprender esta grande analogía de una perfecta lógica y desarrollada en una continua serie, no hay como ir viendo todas estas manifestaciones artísticas coetáneas con todas las crisis liberales y saber la identificación de todas ellas en la Historia y su identidad con el humano espíritu en su desarrollo progresivo hacia el cumplimiento ó plenitud de la libertad. Estos himnos patrióticos liberales representan en el escenario de la Historia Universal mucho de lo que representaba el coro griego en los escenarios de la tragedia clásica. Son algo así como la conciencia colectiva, quien, unas veces encarnada en el verbo de los oradores, se encarna otras veces en el hito de los músicos y de los poetas. Examinad estos himnos y veréis en la parte buena del desarrollo de la naturaleza humana una grande identidad, como hemos